

Los más profundos problemas sociales y humanos son planteados por Juan Ríos con una grandeza que alcanza, en ocasiones, el grado de gran himno épico-lírico. La acción de *El fuego* transcurre en un pueblo andino, en el siglo XIX, después de la independencia. Hay una violencia palpitante, a lo largo de la obra, que no se debilita —bien al contrario, se hace más fuerte— a través del lenguaje poético que utiliza el autor. Si un parlamento pudiese resumir el espíritu de la pieza —y quizá de todo su teatro— sería el que pronuncia un personaje para justificar el fusilamiento de cincuenta saqueadores:

Sólo volviéndose fieras llegan a ser hombres los esclavos. ¡No me duele su muerte! ¿Por qué habría de dolerme? ¡Tres días de libertad valen más que una eternidad de resignada servidumbre!

El caso de Enrique Solari Swayne es, quizá, el más interesante de los tres. Sale a la palestra escénica con su obra *Collacocha*, que es no sólo una obra teatral, sino también un gran poema épico en torno a un extraordinario personaje, el ingeniero Echecopar, arquetipo del constructor de la Nueva América. Su tema puede resumirse en pocas palabras: la construcción de un camino de la selva al mar, un camino capaz de unificar ese país dividido por la naturaleza en tres regiones casi incompatibles: la selva, la sierra y la costa, que es el Perú. Echecopar, al que Augusto Tamayo Vargas considera «un personaje-masa, el ingeniero que comprende en sí las fuerzas del progreso, la voluntad puesta al servicio del trabajo», es también la fuerza humana incontenible contra la fuerza también incontenible de la naturaleza. Si un aluvión destruye sus túneles, él vuelve a taladrarlos. No él —según él mismo afirma—, «sino los miles de indios capaces de resistir el frío, el hambre y la oscuridad», por los cuales siente la más honda ternura. *Collacocha* ha recorrido los escenarios de toda América, obteniendo premios importantes en varios festivales. Cuando la estrené en Madrid, con mi grupo Los Juglares, *Teatro Hispanoamericano de Ensayo*, en 1959, levantó oleadas de entusiasmo en el público y la crítica, que la seleccionó como una de las diez mejores obras no españolas estrenadas ese año. Con esta obra inició Solari Swayne una trilogía importante dedicada a las tres regiones del Perú antes mencionadas: la sierra, en *Collacocha*; la selva, que es el gran personaje de su segunda obra, *La mazorca*; y la costa, protagonista de la tercera: *Las armas de Aquiles*.

Una marcada tendencia al realismo define ya, en estos momentos, al teatro peruano. Tendencia que asume muy diversas variantes: psicológico, mágico, naturalista, poético, etc., que se define plenamente en la producción de los autores de la segunda generación contempo-

ránea, la de los autores nacidos después de 1920, con un sentido más radiográfico que fotográfico. Otra característica común a casi todos estos autores es que su producción se encuentra prácticamente inédita. Iniciaremos su análisis deteniéndonos en la personalidad y la obra de Samuel Pérez Barreto (1921) y Jorge Donayre Belaúnde (1922).

Samuel Pérez Barreto ha escrito siete obras en las que predomina su preocupación por el hombre de su tiempo, la misma que le llevó a escribir una extensa novela, *El río hablador*, que es, básicamente, la historia de su generación entre 1946 y 1966. Utilizando una técnica eminentemente realista ha desarrollado principalmente temas actuales, como en *Los actores*, *El fruto maduro* y *Casa de verano*, pero también ha enfocado grandes personajes históricos, como en *Túpac Amaru*, obra en la que la personalidad revolucionaria del protagonista es justamente exaltada, y en *Huáscar*, impregnada de autenticidad.

En Jorge Donayre Belaúnde triunfa, por encima de todo, su gran amor al hombre, al hombre sencillo del campo, con sus supersticiones y temores, y al hombre de la pequeña ciudad, víctima de las maquinarias políticas. Obras teatrales propiamente sólo ha escrito dos, ya que ha cultivado más ampliamente el cuento y la televisión. *Las ropas del espantajo* relata, en un lenguaje riquísimo en realismo mágico la destrucción de la cosecha del matrimonio protagonista por las aves a causa de haber vestido al espantapájaros de su huerta con las ropas de un difunto. Ese espantapájaros llega a cobrar vida en la narración de un tercer personaje, que afirma haber visto al difunto alejándose de la chacra. En *El candidato*, Donayre Belaúnde crea un gran personaje: el del hombre obsesionado por la ambición de alcanzar un escaño en el Congreso y que pasa toda su vida de candidato, sacrificándolo todo: su hogar y la seguridad de su familia a esa ambición. La teoría teatral del autor podría resumirse en estas palabras suyas: «Tenemos que encontrar un lenguaje mediante el cual el corazón pueda hablar al corazón sin necesidad de intermediarios.»

Rafael del Carpio (1922) obtuvo un notable éxito con el montaje, por *Histrión, Teatro de Arte*, de su obra *La chicha está fermentando*, adaptación teatral del cuento *La viuda*, de Porfirio Meneses. La situación central de este cuento, el caso de una indígena rica que en el mismo velorio de su marido arregla su próxima boda, es enriquecida ampliamente por Rafael del Carpio, dotándola de un ritmo ágil, de un diálogo lleno de gracia y de autenticidad.

En la producción de Juan Gonzalo Rose (1927), básicamente un gran poeta, destacan dos obras: *Operación maravillosa*, pieza simbólica cuyo protagonista es un médico que amputa el alma por estimar que crea demasiados problemas sentimentales al hombre, y *Carnet de*

*identidad*, escalofriante monodrama, cuyo protagonista, un astronauta de nuestro tiempo, despierta de nuevo a la vida en una caverna muchos años después de un accidente. El estreno de esta pieza, en 1966, significó un gran triunfo interpretativo para el actor peruano Edgar Guillén.

Hernando Cortés (1927), actor, director y dramaturgo, ha escrito *Seis piezas para ópera de cámara*, de carácter puramente experimental, y *La ciudad de los Reyes*, espectáculo largo integrado por una serie de monólogos satíricos, dramáticos y humorísticos, todos profundamente humanos y con una fuerte carga de crítica social. Obra sincera, minuciosa, profunda y, a la vez, sabiamente teatral, coloca a Hernando Cortés entre los autores más interesantes del actual teatro peruano.

A Edgardo Pérez Luna (1928), prestigioso crítico de pintura y de teatro, le han preocupado, al asumir la tarea de dramaturgo, los personajes prehispánicos, como en su trilogía *Los Yupanquis*, escrita en 1960, y los personajes simbólicos en su trilogía *El amor*, integrada por las obras en un acto *La mujer de la rosa*, *Solamente una carta* y *Orfeo de Lima*. Dentro de un total de doce obras destaca también un acercamiento filosófico a la realidad peruana al enfocar el problema del ser o no ser en su pieza *Hamlet en las barriadas*, escrita en 1966.

Julio Ramón Ribeyro (1929) es uno de los más altos valores jóvenes dentro de la literatura peruana y uno de los iniciadores de la nueva tendencia en la narrativa: el cuento de tema urbano, especialmente limeño. Ha escrito dos obras de teatro: *Santiago el pajarero*, poética dramatización en tres actos de la historia de un hombre sencillo y soñador que, en pleno virreinato, intenta volar como sus pájaros; y *El último cliente*, desgarradora pieza breve, cuya protagonista es una solterona, propietaria de una casa de alquiler de trajes de novia. Este personaje, no lejano de doña Rosita la Soltera, de Lorca, fue interpretado en el estreno de la pieza en Lima, en 1966, por la extraordinaria actriz peruana Aurora Colina.

La producción literaria de Juan Rivera Saavedra (1930) se inició en el cuento y más tarde en el artículo histórico, hasta que en 1953 inicia su producción teatral. Sin embargo, no encuentra su propio estilo hasta 1959, en que comienza a cultivar el humor negro —un humor personalísimo, profundamente ligado a la realidad más auténtica de su país— en sus obras teatrales. Más de treinta y cinco títulos constituyen su repertorio. Al escribir teatro lo que más le interesa es desarrollar temas de carácter social, pero enfocándolos con una lente de aumento para que el espectador los pueda ver mejor, para que comprenda y sienta mejor el dolor de sus personajes, todos ex-

traídos de la realidad. Títulos a destacar en su amplia producción son: *¿Por qué la vaca tiene los ojos tristes?*, *El paquete de basura*, *Alberto el bueno*, *La tortuga pintada*, *Eusebio* y *Los Ruperto*, estrenada en 1965, que narra la historia de una familia en la cual, al levantarse el telón, está a punto de nacer el hijo número ochenta y tres. Rivera Saavedra puede ser considerado como el máximo cultivador de un realismo fuertemente expresionista en el actual teatro peruano.

Una profunda preocupación por los problemas sociales caracteriza a Hedgardo de Habich (1930). En su obra *El Justiciero* desarrolla el tema de la responsabilidad del jefe de una revolución al llegar al poder por la violencia. Con una economía admirable de medios, que incluye la utilización de muy pocos personajes, el autor consigue plantear dramáticamente la lucha del protagonista y logra una presencia constante del pueblo dentro de la situación escénica a través de efectos sonoros únicamente. La autenticidad del lenguaje, su efectividad, se hacen evidentes en este parlamento del consejero:

Tú ya no eres tú. Tus hechos, tus palabras, tu vida misma, son de todos. Un paso en falso no será únicamente un descalabro para ti sólo. Pero, de igual modo, tus victorias alcanzarán al resto. En adelante no puedes pensar en ti ni regirte por tus propios sentimientos; los debes supeditar, reprimir, posponer ante el bienestar, la esperanza y el anhelo del pueblo.

Como dramaturgo —igual que en su vida real— Víctor Zavala (1932) fluctúa entre el campo y la ciudad. Nacido en Huamantanga, nombre en lengua waman quechua, que en castellano quiere decir «lugar donde moran los halcones», de pequeño tuvo que caminar seis kilómetros para llegar a la escuela, y los quehaceres del campo moldearon su cuerpo y su temperamento. A los catorce años viajó a Lima, donde siguió los estudios secundarios y los universitarios, que le capacitaron para la cátedra de Literatura y el cargo de director del departamento de Lengua y Literatura que desempeña en la Universidad de Huánuco. En cada una de sus obras, que él califica como *Escenas del campo* y *Escenas de la ciudad*, están presentes su amor al hombre, su pasión por la justicia, que consigue expresar con extraordinario sentido del humor.

Mis obras tienen todas una misma intención social y artística —afirma—, y por un lado tratan de mostrar una realidad social de mi patria: la del campesino de la sierra en su dura lucha con la opresión de los llamados 'gamonales', que, en una u otra forma, detentan el señorío de la tierra en un conjunto de muy pocas nombradas 'haciendas'. Por otro lado, ellas tratan de ser lo más simples posible en su estructura